

ARTE POÉTICO: CON LA FORMA IRREGULAR DEL PUERTO*

CRISTÓBAL GAETE**

RECUERDO A MI papá mandándome a cobrar a la feria de fruta de los sábados en la Avenida Argentina y haber visto, en medio de las antigüedades, una delgada selección de crónicas de Joaquín Edwards Bello. Casi intuitivamente me desviaba para ir mirando lo que lucía la calle; podía elegir otro camino, pero tomaba ese. En el puerto, lo sabrán por las noticias y redes sociales, las vitrinas están demás, porque la calle es cubierta por paños que ofrecen lo que necesites, aunque no sepas cuánto lo necesitas. Ya para entonces leía la parte del final de los diarios, que todos los días era comprado en la casa y luego acogía fruta en cajones, esperaba los suplementos, devoraba cómics y revistas deportivas chilenas y argentinas; también había adquirido la introspección de la literatura caminando con mi abuelo por la vía férrea. Mucho tiempo después sabría que Edwards Bello es el escritor más importante de Valparaíso y que inventaría la nostalgia inherente a nuestra decadencia, escribiendo novelas, pero sobre todo en crónicas publicadas en diarios. A la hora de almuerzo todavía escucho el cuerno del heladero que él estampó en el primer texto de esa publicación que encontré en 1998. Esa selección la hizo Ennio Moltedo, a su vez poeta y ejemplo ético. Él está retratado al aire libre a algunas cuadras donde vivo

* Escrito para el Congreso de Pueblos Abandonados 2025.

** Escritor y periodista. Ha trabajado en distintos oficios de la literatura vinculándolos al territorio. Destaca en su narrativa *Valpore y Motel ciudad negra* (Premio Municipal de literatura de Santiago 2015), ambas con ediciones en otros países, compiladas junto a otras novelas cortas en *Apuntes al margen* (Emecé/Planeta). Ha publicado crónicas en medios como *The New York Times* en español, y revistas *Dossier UDP* y *JOIA*, también libros de memoria social. Coordina el Laboratorio de Escritura Territorial en BAJ Valparaíso y codirige el Taller de fotolibros. Recibió recientemente el Premio Municipal de literatura de Valparaíso en la categoría de trayectoria.



en Recreo. El tiempo hace lo suyo, y el cuadro se agrieta mientras él mira el mar, esa masa de concreto o esa línea azul, dos formas de decir lo mismo en el juego de títulos de sus poemas y crónicas. Me retrato allí cada tanto, para ver mis propias grietas.

No nací en Valparaíso, pero sí mi hija, y mi padre viene todos los días a trabajar al Mercado Cardonal, y cuando tengo un problema que amerita mi santo patrón duerme en el cementerio 3 de Playa Ancha, es un asesino francés que nos acompaña a todos los porteños, que no nos mira arriba ni debajo de su hombro. Sé que no sería escritor si no fuera por los estantes abiertos del Edificio Gimpert de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso o de las librerías Crisis o la desaparecida San Cristóbal, los préstamos de tantos queridos colegas de tantas generaciones, o el comercio barato de libros al aire libre que arma la feria, Uruguay y las mencionadas antigüedades. Pero tanta vereda, abasto y biblioteca me fueron ofreciendo otra cara que no veía en los libros. ¿No había que sea un texto que habla de del Cardonal? ¿Por qué nadie conocía las prosas de Carlos Pezoa Véliz, las que primero leí en su sección viñamarina también gracias al trabajo editorial de Moltedo? El llamado primer poeta chileno llegó al Mercado, donde tenía un amigo que hacía un pasquín que luchaba contra la impunidad desde su nombre –El Matasiete-, primer apodo de *El Mercurio de Valparaíso*, puesto tras la primera protesta social chilena de 1903. Con su oído privilegiado, Pezoa no pudo evitar realizar una de sus laxas crónicas de un diálogo del segundo piso. Supongo, como supone antojadiza la memoria, que arma sentido donde no lo hay en un acto desesperado, que todo eso me daba vueltas cuando el 2003 Valparaíso se convirtió en patrimonio de la Humanidad de la Unesco, o, en realidad, una mínima parte de la ciudad. Excluidas, fuera de la postal, el barrio del Cardonal y de los libros, también los cerros, la rabia se aposó en mí hasta escribir mis peores textos, en el sentido de tantear el mal gusto y el asco que sinteticé en *Valpore*, mi libro más agresivo y leído, incluso por cientos de incautos escolares, víctimas de los y las profes contemporáneos. En paralelo, y en una labor para la mayoría desconocida, he ido hilvanando libros de memoria social en formatos tan extraños que hasta algunos imitan periódicos. Con una mano la ficción que de mentira no tiene nada, con la otra cavar en la memoria me parece un trato justo, que le da sentido al entrenamiento de la habilidad. Como salida a esos trabajos de la literatura, a esas lecturas de Pezoa, desde ediciones cartoneras a libros con lomo y termolaminado, porque en la calle no hay jerarquías, porque nada te enseña tanto como hacerlo tú mismo.

Cada vez que vengo a Santiago me preguntan para cuándo el próximo libro. Yo no lo sé ni me interesa, soy un diletante de mi autoría mientras cumple con lo dado. “Tener un talento y ser un vago es escupir en la cara a Dios”, dice Bruno Demichelis. Y las caras que me movilizan son las de un joven atropellado por un chofer coquero, las de los mineros aplastados por el relave de El Melón, la de los ambulantes porteños y kiosqueros de fruta de Viña del Mar. Ellos saben que hago la pega y su aprecio me dice que sigo el camino que me corresponde. Para escribir libros perfectos, para intentarlo abstraídos de la sociedad, hay otras personas. Yo no, porque me entrego a la irregularidad del puerto, a lo que pasa y enciende las llamas que nos abrasan, al vitalismo de tantos libros fundantes de las poéticas de autores como Manuel Rojas o María Graham o Zigmund Remenyk. Como la gringa el movimiento de mi cuerpo me da territorio, como el húngaro deliro cuando es necesario. Como Pezoa, he sobrevivido en la prensa, en la enseñanza y me he alimentado en el abasto cuando no hay otra. A veces tengo que fumarme gente que me dice “ya está bueno” o “si no se me hace chico Valparaíso”, y pienso en Rojas revisitando hasta en *La oscura vida radiante* sus experiencias de casi sesenta años atrás o en Carlos Drogueut que incluso recibió el Alfaguara por la novela donde toma la voz y furia de Emile Dubois, el santo asesino francés, para combinarla con la suya. No alcanzo a responderles cuando sus buses parten a otras partes del mundo. Cada uno sabe, yo prefiero enroscarme por calles y cerros que ceder una página.

La edición de Joaquín Edwards Bello que mencioné al inicio se llama *Breviario del Val-paráíso perdido*. Traté de ser breve, y con esto termino: hace un tiempo soñé que no sabía si era de madrugada o de noche, y, para saberlo, caminaba al Mercado Cardonal. En la esquina me esperaban los cajones de madera encendidos. Si hay un hogar y una hoguera en la ciudad, no se está perdido.